



ESTRATEGIA / SEGURIDAD HEMISFÉRICA

General Oswaldo Moreno
ABOGADO



Jueves, 13 de noviembre de 2025 / 23:00

LA VICTORIA SILENCIOSA:
Ganar en Venezuela sin disparar un solo cartucho
— Reflexiones estratégicas sobre intervención, riesgo y decisión —

QUITO — Venezuela se ha convertido en uno de los escenarios políticos y humanitarios más sensibles del hemisferio. Lo que allí ocurre no solo afecta a los venezolanos, sino que proyecta ondas de choque sobre la estabilidad regional, los flujos migratorios, las economías vecinas y la credibilidad de los marcos multilaterales.

Durante años, la tentación de imaginar una “salida” rápida mediante la fuerza ha estado presente en ciertos discursos. Sin embargo, la experiencia histórica del continente demuestra que las soluciones impuestas por la vía armada suelen dejar sociedades fracturadas, instituciones debilitadas y generaciones marcadas por el resentimiento.

Este artículo parte de una premisa central: la verdadera victoria en Venezuela no consiste en derrotar a un adversario en el espacio de batalla, sino en alcanzar el fin político de la guerra —la paz justa, la estabilidad institucional y el bienestar de la población— sin disparar un solo cartucho.

En el tablero hemisférico contemporáneo, imaginar a una potencia naval como los Estados Unidos desplegando una fuerza de alrededor de 10.000 marinos profesionales frente a las costas de Venezuela no es un ejercicio de ficción, sino un escenario de planificación que algunos centros de estudios y estados mayores han considerado en más de una ocasión.

El cuadro de partida podría describirse así, de forma simplificada: un actor con altas capacidades en los dominios terrestre, marítimo, aéreo y cibernético, apoyadas por sistemas avanzados de inteligencia y vigilancia; frente a un régimen atrincherado, con fuerzas armadas regulares y con un gran número de milicianos dispuestos —al menos en el discurso— a defender su territorio hasta la muerte.

Venezuela como espejo hemisférico

La situación venezolana es, en muchos sentidos, un espejo hemisférico. En ella convergen: tensiones políticas internas prolongadas; fragilidad económica y social; migración masiva y diáspora activa; disputa por la legitimidad institucional; e interés geopolítico de actores extrarregionales.

Por ello, cualquier abordaje responsable debe tener en cuenta que no se trata solo de un país, sino de una pieza clave de la estabilidad regional; que la respuesta que el hemisferio dé a este caso sentará precedentes sobre cómo se gestionan crisis futuras; y que la región enfrenta un dilema histórico: repetir los errores del pasado, basados en la confrontación armada y el intervencionismo disruptivo, o explorar

una ruta distinta, silenciosa pero firme, donde el protagonismo lo tengan la diplomacia, la legalidad internacional, las instituciones, la sociedad civil y la inteligencia estratégica.

En este contexto suelen aparecer dos tentaciones “rápidas” que la historia ha demostrado ser engañosas: apostar por una intervención terrestre directa para derrocar al jefe del régimen o confiar en una supuesta “decapitación” del liderazgo político para forzar la rendición de los mandos militares.

Ambas opciones pueden parecer resolutivas en el papel. Ninguna de las dos lo es cuando se las examina con una lógica estratégica, jurídica y política integral.

La intervención terrestre directa: la escalada del conflicto

Desde el punto de vista de capacidades, pocos cuestionarían la superioridad de una fuerza como la estadounidense. Sus niveles de preparación, tecnología, logística, mando y control son ampliamente reconocidos.

Sin embargo, cuando el conflicto se traslada del mar y del aire al terreno, el tablero cambia de forma radical, ya que el defensor actúa en territorio propio, con conocimiento del espacio físico y social; la presencia de millones de potenciales milicianos, fuerzas irregulares y escenarios de guerra urbana diluye parte de la superioridad tecnológica; y el costo político, humano y económico de una campaña prolongada se vuelve difícil de asumir, tanto para la potencia interviniente como para la región en su conjunto.

Si se introduce esta realidad en un marco analítico cuantitativo —considerando índices de capacidad, tiempo estimado de campaña y riesgo agregado—, la idea de una “operación rápida y limpia” pierde credibilidad. Lo que emerge es el peligro de un conflicto de desgaste, con duración incierta y consecuencias profundas para la estabilidad hemisférica.

En términos de decisión, una invasión terrestre orientada a “derrocar físicamente” al régimen venezolano aparece menos como una solución y más como un multiplicador de riesgo, ya que aumentan las probabilidades de escalada; se debilita la legitimidad internacional; y se abre la puerta a respuestas indirectas de otros actores externos.

La “decapitación” del liderazgo político: la ilusión de la solución instantánea

La segunda tentación es imaginar que la eliminación forzada de la cúpula política resolvería el problema casi automáticamente. Sin embargo, la experiencia internacional demuestra que la desaparición de un líder no suele equivaler a la desaparición del sistema.

Con frecuencia ocurre lo contrario: el liderazgo derrocado puede convertirse en referente simbólico o mártir, alimentando narrativas de victimización; los cuadros intermedios se reacomodan, y algunos pueden optar por posiciones más radicales; el espacio de poder se llena de actores menos previsibles, a menudo más duros y menos dispuestos al compromiso; y la percepción de intervención externa puede consolidar alianzas de rechazo y justificar apoyos encubiertos de terceros Estados.

Desde la perspectiva del riesgo, una operación de “decapitación” aislada puede interrumpir temporalmente la cadena de mando, pero incrementa de manera significativa el riesgo político y social, tanto en el país afectado como en la región; aumenta la volatilidad del sistema y, con ello, la incertidumbre sobre el resultado final. La opción presentada como “quirúrgica” termina siendo, en muchos casos, profundamente incierta y potencialmente destabilizadora.

La lógica de la victoria silenciosa: enfoque estratégico y diplomático

Si se analiza el caso de Venezuela con un enfoque multidimensional —que integre capacidades, tiempo, riesgos, emociones y legitimidad—, la disyuntiva ya no debería formularse en términos de “intervenir o no intervenir” o “eliminar o no eliminar” a una cúpula determinada. Planteado en términos de seguridad hemisférica, las preguntas de fondo se acercan más a estas:

- ¿Qué fines políticos legítimos se persiguen?
- ¿Qué capacidades existen y durante cuánto tiempo pueden sostenerse sin generar un conflicto abierto de larga duración?
- ¿Cuál es el costo político, social y económico para la potencia interviniente, para el país afectado y para el sistema interamericano en su conjunto?
- ¿Qué margen existe para una salida negociada que evite la violencia generalizada?

Dentro de este marco, cobra sentido imaginar estrategias de negociación indirecta que combinen:

Diplomacia multilateral inteligente. Mediante el uso de los instrumentos del Sistema Interamericano y de las Naciones Unidas, apoyando esfuerzos de mediación imparcial que generen confianza, en lugar de profundizar las divisiones.

Presión legítima y calibrada. Mediante medidas que incentiven cambios concretos en la conducta de los actores, evitando sanciones indiscriminadas que terminen castigando principalmente a la población.

Puentes humanitarios y de cooperación. Mediante el acceso seguro y neutral de ayuda humanitaria y mediante mecanismos transparentes para proteger a quienes más sufren, sin instrumentalizar su necesidad.

Rol constructivo de la diáspora venezolana. Mediante el aporte técnico, económico y profesional en futuros procesos de reconstrucción y mediante una vocería responsable ante la comunidad internacional, evitando discursos que alienten salidas violentas.

Acompañamiento regional. Los países del hemisferio pueden actuar como “cordón sanitario” político y moral frente a la tentación de la fuerza, apoyando procesos de diálogo y negociación cuando existan condiciones mínimas de seriedad y buena fe.

En la lógica de la victoria silenciosa, estas herramientas no se excluyen entre sí: se sincronizan, como las manecillas de un reloj que marcan fases distintas de un mismo proceso.

Una estrategia así, correctamente diseñada y ejecutada, puede conducir a que la opción “menos mala” para la propia cúpula gobernante sea aceptar una transición, no por altruismo, sino como resultado racional de un cálculo de costos.

En ese escenario, un despliegue militar disuasivo —por costoso que sea— habría cumplido su papel sin necesidad de emplearse de forma directa. La victoria silenciosa no consistiría en ocupar un territorio, sino en abrir un camino realista hacia la paz y la reconstrucción, sin disparar un solo cartucho.

La victoria silenciosa no se mide en territorios conquistados ni en enemigos derrotados, sino en vidas preservadas; paz social reconstruida; instituciones recuperadas y fortalecidas; y en el retorno gradual de la confianza interna y externa.

Implica entender que ganar en Venezuela sin disparar un cartucho significa evitar la escalada armada interna o externa, con sus secuelas irreversibles; reorientar el conflicto desde la dimensión militar hacia la dimensión política, jurídica, diplomática y cognitiva; y, sobre todo, combinar presión legítima y diálogo responsable, sin que ninguno de los dos se convierta en cheque en blanco para el inmovilismo ni para el abuso.

Conclusiones

1. Ganar en Venezuela sin disparar un solo cartucho no significa resignarse ni aceptar la injusticia como destino inevitable. Por el contrario, supone elevar el nivel de la estrategia y comprender que las batallas decisivas se libran hoy en el terreno de la legitimidad, la información, la razón jurídica y la conciencia colectiva.
2. La fuerza que realmente transforma la historia no es la de las armas, sino la de los acuerdos justos, las instituciones sólidas y la voluntad de un pueblo que se reconoce a sí mismo como comunidad política.
3. La victoria silenciosa es aquella que, con el tiempo, permite que las familias regresen a sus hogares sin temor; que la juventud vea futuro en su propio país; que la región recupere la estabilidad que hoy se ve comprometida; y que los actores que alguna vez se enfrentaron puedan encontrarse, no como enemigos, sino como interlocutores responsables.

No se trata de preparar una nueva guerra, sino de acelerar, con inteligencia y humanidad, la llegada de la paz. (O)

osmov@asocid-ecuador.com

STRATEGY / HEMISPHERIC SECURITY

General Oswaldo Moreno
LAWYER



Thursday, 13 November 2025 / 23:00

THE SILENT VICTORY:
Winning in Venezuela Without Firing a Single Shot
— Strategic reflections on intervention, risk and decision —

QUITO — Venezuela has become one of the most politically and humanitarially sensitive situations in the Western Hemisphere. Developments there not only affect Venezuelans, but also send shockwaves through regional stability, migration flows, neighboring economies, and the credibility of multilateral frameworks.

For years, the temptation to envision a quick “solution” through the use of force has appeared in certain discourses. However, the historical experience of the continent shows that solutions imposed by armed means usually leave behind fractured societies, weakened institutions, and generations marked by resentment.

This article is based on a central premise: True victory in Venezuela does not lie in defeating an adversary on the battlefield, but in achieving the political end of war — a just peace, institutional stability, and the well-being of the population — without firing a single shot.

On today’s hemispheric chessboard, imagining a naval power such as the United States deploying a force of around 10,000 professional marines off the coast of Venezuela is not a work of fiction, but a planning scenario that some think tanks and military staffs have considered on more than one occasion.

The initial picture could be described in simplified terms as follows: an actor with high-capacity land, maritime, air, and cyber forces, supported by advanced intelligence and surveillance systems, facing an entrenched regime with regular armed forces and a large number of militia members willing — at least rhetorically — to defend their territory to the death.

Venezuela as a Hemispheric Mirror

The situation in Venezuela is, in many respects, a hemispheric mirror. It brings together: protracted internal political tensions; economic and social fragility; massive migration and an active diaspora; disputes over institutional legitimacy; and the geopolitical interest of extra-regional actors.

Any responsible approach must therefore take into account that this is not only about a single country, but about a key element of regional stability; that the response the hemisphere gives to this case will set precedents for how future crises are managed; and that the region faces a historic dilemma: either repeat past mistakes based on armed confrontation and disruptive interventionism, or explore a different path, silent yet firm, in which diplomacy,

international legality, institutions, civil society, and strategic intelligence play the leading role.

In this context, two seemingly “quick” options often emerge which history has shown to be misleading: betting on a direct land intervention to remove the head of the regime, or relying on a supposed “decapitation” of the political leadership to force the surrender of the military command.

Both options may appear decisive on paper. Neither stands up to scrutiny when examined through a comprehensive strategic, legal, and political lens.

Direct Land Intervention: Escalating the Conflict

From a capabilities perspective, few would question the superiority of a force such as that of the United States. Its levels of training, technology, logistics, command, and control are widely recognized.

However, when a conflict moves from the sea and air to the ground, the board changes radically. The defender operates on home territory, with detailed knowledge of the physical and social environment; the presence of millions of potential militia members, irregular forces, and scenarios of urban warfare diminishes part of the technological superiority; and the political, human, and economic cost of a prolonged campaign becomes difficult to bear, both for the intervening power and for the region as a whole.

If this reality is incorporated into a quantitative analytical framework — considering capacity indices, estimated campaign duration, and aggregate risk — the notion of a “quick and clean operation” loses credibility. What emerges instead is the danger of a war of attrition, of uncertain duration and with far-reaching consequences for hemispheric stability.

From a decision-making standpoint, a land invasion aimed at “physically removing” the Venezuelan regime appears less as a solution and more as a risk multiplier, since it increases the likelihood of escalation, weakens international legitimacy, and opens the door to indirect responses by other external actors.

“Decapitation” of the Political Leadership: The Illusion of an Instant Solution

The second temptation is to imagine that the forced removal of the political leadership would almost automatically resolve the problem. However, international experience shows that the

disappearance of a leader rarely equates to the disappearance of the system.

Frequently, the opposite occurs: the ousted leadership can become a symbolic reference point or martyr, fueling narratives of victimization; mid-level cadres reposition themselves, and some may adopt more radical stances; the power space is filled by less predictable actors, often harder-line and less willing to compromise; and the perception of external intervention may consolidate rejection alliances and justify covert support from third States.

From a risk perspective, an isolated “decapitation” operation may temporarily disrupt the chain of command, but significantly increases political and social risk, both in the affected country and in the wider region; it heightens systemic volatility and, with it, uncertainty about the final outcome.

The option presented as “surgical” often proves, in practice, to be deeply uncertain and potentially destabilizing.

The Logic of Silent Victory: A Strategic and Diplomatic Approach

If the case of Venezuela is analyzed through a multidimensional lens — integrating capabilities, time, risks, emotions, and legitimacy — the dilemma should no longer be framed in terms of “to intervene or not to intervene” or “to remove or not to remove” a particular leadership.

Framed in terms of hemispheric security, the fundamental questions are closer to the following:

- What legitimate political ends are being pursued?
- What capabilities exist, and for how long can they be sustained without generating a prolonged open conflict?
- What are the political, social, and economic costs for the intervening power, for the affected country, and for the inter-American system as a whole?
- What room is there for a negotiated outcome that avoids generalized violence?

Within this framework, it becomes meaningful to imagine **indirect negotiation strategies** that combine:

Intelligent multilateral diplomacy. Using the instruments of the Inter-American System and the United Nations, and supporting impartial mediation efforts that generate confidence instead of deepening divisions.

Legitimate and calibrated pressure. Implementing measures that encourage concrete changes in the behavior of actors, while avoiding indiscriminate sanctions that end up punishing the population above all.

Humanitarian and cooperation bridges. Ensuring safe and neutral access for humanitarian assistance and establishing transparent mechanisms to protect those who suffer the most, without instrumentalizing their needs.

A constructive role for the Venezuelan diaspora. Contributing technical, economic, and professional support to future reconstruction processes and

exercising a responsible voice before the international community, avoiding rhetoric that encourages violent solutions.

Regional accompaniment. Countries in the hemisphere can act as a political and moral “protective cordon” against the temptation to resort to force, supporting dialogue and negotiation processes when minimum conditions of seriousness and good faith exist.

In the logic of silent victory, these tools do not exclude one another: they are synchronized, like the hands of a clock marking different phases of a single process.

A strategy of this kind, if properly designed and implemented, can lead the governing leadership to conclude that accepting a transition is the “least bad” option — not out of altruism, but as the rational outcome of a cost–benefit calculation.

In such a scenario, a deterrent military deployment — however costly — would have fulfilled its purpose without having to be used directly. Silent victory would not consist in occupying territory, but in opening a realistic path towards peace and reconstruction, without firing a single shot.

Silent victory is not measured in conquered territories or defeated enemies, but in lives preserved; in social peace rebuilt; in institutions recovered and strengthened; and in the gradual restoration of internal and external confidence.

It means understanding that winning in Venezuela without firing a shot entails avoiding internal or external armed escalation and its irreversible consequences; shifting the conflict from the military dimension to the political, legal, diplomatic, and cognitive dimensions; and, above all, combining legitimate pressure with responsible dialogue, without allowing either to become a blank check for inaction or abuse.

Conclusions

1. Winning in Venezuela without firing a single shot does not mean resigning oneself or accepting injustice as an inevitable fate. On the contrary, it requires raising the level of strategy and understanding that decisive battles today are fought in the realm of legitimacy, information, legal reasoning, and collective consciousness.
2. The force that truly transforms history is not that of weapons, but that of just agreements, strong institutions, and the will of a people who recognize themselves as a political community.
3. Silent victory is that which, over time, allows families to return to their homes without fear; enables young people to see a future in their own country; helps the region recover the stability that is currently under strain; and allows actors who once confronted each other to meet not as enemies, but as responsible interlocutors.

The challenge is not to prepare for a new war, but to accelerate — with intelligence and humanity — the arrival of peace.

osmov@asocid-ecuador.com

ESTRATÉGIA / SEGURANÇA HEMISFÉRICA

General Oswaldo Moreno
ADVOGADO



Quinta-feira, 13 de novembro de 2025 / 23h00

A VITÓRIA SILENCIOSA: Vencer na Venezuela sem disparar um único tiro — Reflexões estratégicas sobre intervenção, risco e decisão —

QUITO – A Venezuela transformou-se em um dos cenários políticos e humanitários mais sensíveis do hemisfério ocidental. O que acontece ali não afeta apenas os venezuelanos, mas projeta ondas de choque sobre a estabilidade regional, os fluxos migratórios, as economias dos países vizinhos e a credibilidade dos marcos multilaterais.

Durante anos, a tentação de imaginar uma “saída” rápida por meio da força esteve presente em determinados discursos. No entanto, a experiência histórica do continente demonstra que as soluções impostas pela via armada costumam deixar como legado sociedades fraturadas, instituições enfraquecidas e gerações marcadas pelo ressentimento.

Este artigo parte de uma premissa central: A verdadeira vitória na Venezuela não consiste em derrotar um adversário no campo de batalha, e sim em alcançar o fim político da guerra — a paz justa, a estabilidade institucional e o bem-estar da população — **sem disparar um único tiro**.

No tabuleiro hemisférico contemporâneo, imaginar uma potência naval como os Estados Unidos deslocando uma força de cerca de 10.000 fuzileiros navais profissionais para a costa venezuelana não é um exercício de ficção, mas um cenário de planejamento que alguns centros de estudos e estados-maiores já consideraram em mais de uma ocasião.

O quadro inicial poderia ser descrito, de forma simplificada, da seguinte maneira: um ator com elevadas capacidades nos domínios terrestre, marítimo, aéreo e cibernético, apoiado por sistemas avançados de inteligência e vigilância; diante de um regime entrenchado, com forças armadas regulares e um grande número de milicianos dispostos — ao menos no discurso — a defender seu território até a morte.

A Venezuela como espelho hemisférico

A situação venezuelana é, em muitos aspectos, um **espelho hemisférico**. Nela convergem: tensões políticas internas prolongadas; fragilidade econômica e social; migração em massa e diáspora ativa; disputa pela legitimidade institucional; e interesse geopolítico de atores extrarregionais.

Por isso, qualquer abordagem responsável deve levar em conta que não se trata apenas de um país, mas de uma peça-chave da estabilidade regional; que a resposta dada pelo hemisfério a este caso criará precedentes sobre como crises futuras serão administradas; e que a região enfrenta um dilema

histórico: repetir os erros do passado, baseados na confrontação armada e no intervencionismo disruptivo, ou explorar uma rota diferente, silenciosa porém firme, em que a diplomacia, a legalidade internacional, as instituições, a sociedade civil e a inteligência estratégica assumam o protagonismo.

Nesse contexto, aparecem com frequência duas tentações consideradas “rápidas”, que a história demonstrou ser enganosas: apostar em uma intervenção terrestre direta para derrubar o chefe do regime, ou confiar em uma suposta “decapitação” da liderança política para forçar a rendição dos comandos militares.

Ambas as opções podem parecer resolutivas no papel. Nenhuma delas resiste a uma análise estratégica, jurídica e política integral.

A intervenção terrestre direta: a escalada do conflito

Do ponto de vista das capacidades, poucos colocariam em dúvida a superioridade de uma força como a dos Estados Unidos. Seus níveis de preparo, tecnologia, logística, comando e controle são amplamente reconhecidos.

Entretanto, quando o conflito se desloca do mar e do ar para o terreno, o tabuleiro muda de forma radical. O defensor atua em território próprio, com conhecimento detalhado do espaço físico e social; a presença de milhões de potenciais milicianos, forças irregulares e cenários de guerra urbana reduz parte da superioridade tecnológica; e o custo político, humano e econômico de uma campanha prolongada torna-se difícil de suportar, tanto para a potência interveniente quanto para a região como um todo.

Se essa realidade é incorporada a um marco analítico quantitativo — considerando índices de capacidade, tempo estimado de campanha e risco agregado —, a ideia de uma “operação rápida e limpa” perde credibilidade. O que emerge é o perigo de um conflito de desgaste, de duração incerta e com consequências profundas para a estabilidade hemisférica.

Em termos de decisão, uma invasão terrestre voltada a “derrubar fisicamente” o regime venezuelano aparece menos como solução e mais como um **multiplicador de risco**, pois aumenta a probabilidade de escalada, enfraquece a legitimidade internacional e abre espaço para respostas indiretas de outros atores externos.

A “decapitação” da liderança política: a ilusão da solução instantânea

A segunda tentação é imaginar que a eliminação forçada da cúpula política resolveria o problema quase

automaticamente. No entanto, a experiência internacional demonstra que o desaparecimento de um líder raramente equivale ao desaparecimento do sistema.

Com frequência ocorre exatamente o contrário: a liderança derrubada pode converter-se em referência simbólica ou mártir, alimentando narrativas de vitimização; os quadros intermediários se reacomodam, e alguns podem optar por posições mais radicais; o espaço de poder é ocupado por atores menos previsíveis, muitas vezes mais duros e menos dispostos ao compromisso; e a percepção de intervenção externa pode consolidar alianças de rejeição e justificar apoios encobertos por parte de terceiros Estados.

Sob a ótica do risco, uma operação de “decapitação” isolada pode interromper temporariamente a cadeia de comando, mas aumenta de maneira significativa o risco político e social, tanto no país afetado quanto na região; eleva a volatilidade do sistema e, com isso, a incerteza quanto ao resultado final.

A opção apresentada como “cirúrgica” revela-se, em muitos casos, profundamente incerta e potencialmente desestabilizadora.

A lógica da vitória silenciosa: enfoque estratégico e diplomático

Se analisarmos o caso da Venezuela a partir de um enfoque multidimensional — integrando capacidades, tempo, riscos, emoções e legitimidade —, o dilema já não deveria ser formulado em termos de “intervir ou não intervir” ou “remover ou não remover” determinada cúpula.

Em termos de **segurança hemisférica**, as perguntas de fundo aproximam-se das seguintes:

- Que fins políticos legítimos se pretende alcançar?
- Que capacidades existem e por quanto tempo podem ser sustentadas sem gerar um conflito aberto de longa duração?
- Qual é o custo político, social e econômico para a potência interveniente, para o país afetado e para o sistema interamericano como um todo?
- Que margem existe para uma saída negociada que evite a violência generalizada?

Dentro desse marco, ganha sentido imaginar **estratégias de negociação indireta** que combinem:

Diplomacia multilateral inteligente. Por meio do uso dos instrumentos do Sistema Interamericano e das Nações Unidas, apoiando esforços de mediação imparcial que gerem confiança, em vez de aprofundar divisões.

Pressão legítima e calibrada. Por meio de medidas que incentivem mudanças concretas na conduta dos atores, evitando sanções indiscriminadas que acabem castigando principalmente a população.

Pontes humanitárias e de cooperação. Assegurando acesso seguro e neutro à ajuda humanitária e estabelecendo mecanismos transparentes para proteger aqueles que mais sofrem, sem instrumentalizar sua necessidade.

Papel construtivo da diáspora venezuelana. Contribuindo com apoio técnico, econômico e profissional aos futuros processos de reconstrução e

exercendo uma voz responsável perante a comunidade internacional, evitando discursos que estimulem saídas violentas.

Acompanhamento regional. Os países do hemisfério podem atuar como um “cordão sanitário” político e moral diante da tentação do uso da força, apoiando processos de diálogo e negociação quando existirem condições mínimas de seriedade e boa-fé.

Na lógica da **vitória silenciosa**, esses instrumentos não se excluem entre si: eles se sincronizam, como os ponteiros de um relógio que marcam fases distintas de um mesmo processo.

Uma estratégia desse tipo, corretamente desenhada e implementada, pode levar a própria cúpula governante a considerar que a opção “menos ruim” é aceitar uma transição — não por altruísmo, mas como resultado racional de um cálculo de custos.

Nesse cenário, um desdobramento militar de caráter dissuasório — por mais oneroso que seja — teria cumprido seu papel sem necessidade de emprego direto. A vitória silenciosa não consistiria em ocupar um território, mas em abrir um caminho realista rumo à paz e à reconstrução, sem disparar um único tiro.

A vitória silenciosa não se mede em territórios conquistados nem em inimigos derrotados, e sim em vidas preservadas; na paz social reconstruída; em instituições recuperadas e fortalecidas; e no retorno gradual da confiança interna e externa.

Significa compreender que **vencer na Venezuela sem disparar um tiro** implica evitar a escalada armada interna ou externa, com suas consequências irreversíveis; reorientar o conflito da dimensão militar para as dimensões política, jurídica, diplomática e cognitiva; e, sobretudo, combinar pressão legítima e diálogo responsável, sem que nenhum dos dois se converta em cheque em branco para o imobilismo ou para o abuso.

Conclusões

1. Vencer na Venezuela sem disparar um único tiro não significa resignar-se nem aceitar a injustiça como destino inevitável. Pelo contrário, supõe elevar o nível da estratégia e compreender que as batalhas decisivas hoje se travam no terreno da legitimidade, da informação, da argumentação jurídica e da consciência coletiva.
2. A força que realmente transforma a história não é a das armas, mas a dos acordos justos, das instituições sólidas e da vontade de um povo que se reconhece como comunidade política.
3. A vitória silenciosa é aquela que, com o tempo, permite que as famílias regressem aos seus lares sem medo; que a juventude veja um futuro em seu próprio país; que a região recupere a estabilidade hoje comprometida; e que atores que um dia estiveram em lados opostos possam encontrar-se, não como inimigos, mas como interlocutores responsáveis.

Não se trata de preparar uma nova guerra, e sim de acelerar, com inteligência e humanidade, a chegada da paz.

osmov@asocid-ecuador.com

STRATÉGIE / SÉCURITÉ HÉMISPHERIQUE

Général Oswaldo Moreno
AVOCAT



Jeudi 13 novembre 2025 / 23h00

LA VICTOIRE SILENCIEUSE :
Gagner au Venezuela sans tirer un seul coup de feu
 — Réflexions stratégiques sur l'intervention, le risque et la décision —

QUITO — Le Venezuela est devenu l'un des scénarios politiques et humanitaires les plus sensibles de l'hémisphère occidental. Ce qui s'y passe n'affecte pas seulement les Vénézuéliens, mais projette également des ondes de choc sur la stabilité régionale, les flux migratoires, les économies voisines et la crédibilité des cadres multilatéraux.

Depuis des années, la tentation d'imaginer une « solution » rapide par la force armée est présente dans certains discours. Pourtant, l'expérience historique du continent montre que les solutions imposées par les armes laissent généralement des sociétés fracturées, des institutions affaiblies et des générations marquées par le ressentiment.

Cet article repose sur une prémisse centrale : La véritable victoire au Venezuela ne consiste pas à vaincre un adversaire sur le champ de bataille, mais à atteindre la finalité politique de la guerre — une paix juste, la stabilité institutionnelle et le bien-être de la population — sans tirer un seul coup de feu.

Sur l'échiquier hémisphérique contemporain, imaginer une puissance navale comme les États-Unis déployant une force d'environ 10 000 marines professionnels au large des côtes vénézuéliennes n'est pas un exercice de fiction, mais un scénario de planification que certains centres d'études et états-majors ont envisagé à plusieurs reprises.

La situation de départ pourrait se décrire de manière simplifiée comme suit : un acteur disposant de capacités élevées dans les domaines terrestre, maritime, aérien et cybernétique, appuyé par des systèmes avancés de renseignement et de surveillance, face à un régime retranché, doté de forces armées régulières et d'un grand nombre de miliciens disposés — du moins dans le discours — à défendre leur territoire jusqu'à la mort.

Le Venezuela comme miroir hémisphérique

La situation vénézuélienne est, à bien des égards, un miroir hémisphérique. Elle concentre : des tensions politiques internes prolongées ; une fragilité économique et sociale ; une migration massive et une diaspora active ; des controverses autour de la légitimité institutionnelle ; et l'intérêt géopolitique d'acteurs extra-régionaux.

Toute approche responsable doit tenir compte du fait qu'il ne s'agit pas uniquement d'un pays, mais d'un élément clé de la stabilité régionale ; que la réponse que donnera l'hémisphère à ce cas créera des précédents sur la manière de gérer les crises futures ; et que la région est confrontée à un dilemme historique : répéter les erreurs du passé, fondées sur la confrontation armée et l'interventionnisme disruptif, ou explorer une voie différente, silencieuse mais

ferme, où la diplomatie, la légalité internationale, les institutions, la société civile et l'intelligence stratégique jouent un rôle central.

Dans ce contexte, deux tentations dites « rapides » apparaissent fréquemment, que l'histoire a montré trompeuses : parier sur une intervention terrestre directe pour renverser le chef du régime, ou compter sur une supposée « décapitation » de la direction politique pour forcer la reddition des commandements militaires.

Ces deux options peuvent sembler décisives sur le papier. Aucune ne résiste à une analyse stratégique, juridique et politique globale.

L'intervention terrestre directe: l'escalade du conflit

Du point de vue des capacités, peu de gens contesteraient la supériorité d'une force comme celle des États-Unis. Ses niveaux de préparation, de technologie, de logistique, de commandement et de contrôle sont largement reconnus.

Cependant, lorsque le conflit se déplace de la mer et de l'air vers le terrain, le tableau change radicalement. Le défenseur agit sur son propre territoire, avec une connaissance fine de l'espace physique et social ; la présence de millions de miliciens potentiels, de forces irrégulières et de scénarios de guerre urbaine atténue une partie de la supériorité technologique ; et le coût politique, humain et économique d'une campagne prolongée devient difficilement supportable, tant pour la puissance intervenante que pour la région dans son ensemble.

Si l'on intègre cette réalité dans un cadre d'analyse quantitatif — en tenant compte des indices de capacité, du temps estimé de la campagne et du risque agrégé —, l'idée d'une « opération rapide et propre » perd en crédibilité. Ce qui apparaît, c'est le risque d'un conflit d'usure, de durée incertaine et aux conséquences profondes pour la stabilité hémisphérique.

D'un point de vue décisionnel, une invasion terrestre visant à « renverser physiquement » le régime vénézuélien apparaît moins comme une solution que comme un multiplicateur de risques, car elle augmente les probabilités d'escalade, affaiblit la légitimité internationale et ouvre la voie à des réponses indirectes d'autres acteurs externes.

La « décapitation » de la direction politique: l'illusion de la solution instantanée

La deuxième tentation consiste à imaginer que l'élimination forcée de la cúpula politique résoudrait presque automatiquement le problème. Cependant, l'expérience internationale montre que la disparition



d'un dirigeant ne se traduit que rarement par la disparition du système.

Il se produit souvent le contraire : la direction renversée peut devenir une référence symbolique ou un martyr, alimentant des récits de victimisation ; les cadres intermédiaires se réorganisent, certains adoptant des positions plus radicales ; l'espace de pouvoir se remplit d'acteurs moins prévisibles, souvent plus durs et moins enclins au compromis ; et la perception d'une intervention externe peut consolider des alliances de rejet et justifier des soutiens occultes de la part de pays tiers.

Du point de vue du risque, une opération de « décapitation » isolée peut interrompre temporairement la chaîne de commandement, mais elle accroît de manière significative le risque politique et social, tant dans le pays concerné que dans la région ; elle augmente la volatilité du système et, avec elle, l'incertitude quant à l'issue finale.

L'option présentée comme « chirurgicale » se révèle, dans de nombreux cas, profondément incertaine et potentiellement déstabilisatrice.

La logique de la victoire silencieuse: approche stratégique et diplomatique

Si l'on analyse le cas du Venezuela avec une approche multidimensionnelle — intégrant capacités, temps, risques, émotions et légitimité —, la disjonction ne devrait plus se formuler en termes de « intervenir ou ne pas intervenir » ou « éliminer ou ne pas éliminer » une cúpula déterminée.

En termes de sécurité hémisphérique, les questions de fond se rapprochent davantage des suivantes :

- Quels objectifs politiques légitimes sont poursuivis ?
- Quelles capacités existent et pendant combien de temps peuvent-elles être maintenues sans générer un conflit ouvert de longue durée ?
- Quel est le coût politique, social et économique pour la puissance intervenante, pour le pays affecté et pour le système interaméricain dans son ensemble ?
- Quel espace existe pour une issue négociée permettant d'éviter une violence généralisée ?

Dans ce cadre, il prend tout son sens d'imaginer des stratégies de négociation indirecte combinant :

Diplomatie multilatérale intelligente. Grâce à l'utilisation des instruments du Système interaméricain et des Nations Unies, en soutenant des efforts de médiation impartiale qui génèrent la confiance au lieu de creuser les divisions.

Pression légitime et calibrée. Au moyen de mesures qui encouragent des changements concrets dans le comportement des acteurs, en évitant les sanctions indiscriminées qui finissent par punir principalement la population.

Ponts humanitaires et de coopération. En garantissant un accès sûr et neutre à l'aide humanitaire et en mettant en place des mécanismes transparents pour protéger ceux qui souffrent le plus, sans instrumentaliser leur situation.

Rôle constructif de la diaspora vénézuélienne. Par l'apport technique, économique et professionnel aux futurs processus de reconstruction, ainsi qu'une prise de parole responsable auprès de la communauté internationale, en évitant les discours qui encouragent des issues violentes.

Accompagnement régional. Les pays de l'hémisphère peuvent agir comme un « cordon sanitaire » politique et moral face à la tentation du recours à la force, en soutenant les processus de dialogue et de négociation lorsque existent des conditions minimales de sérieux et de bonne foi.

Dans la logique de la **victoire silencieuse**, ces instruments ne s'excluent pas mutuellement : ils se synchronisent, comme les aiguilles d'une montre marquant des phases différentes d'un même processus.

Une stratégie de ce type, correctement conçue et mise en œuvre, peut conduire la cúpula dirigeante à considérer qu'accepter une transition constitue l'option « la moins mauvaise », non par altruisme, mais comme résultat rationnel d'un calcul de coûts.

Dans un tel scénario, un déploiement militaire dissuasif — aussi coûteux soit-il — aurait rempli son rôle sans devoir être employé directement. La victoire silencieuse ne consisterait pas à occuper un territoire, mais à ouvrir une voie réaliste vers la paix et la reconstruction, sans tirer un seul coup de feu.

La victoire silencieuse ne se mesure ni en territoires conquis, ni en ennemis vaincus, mais en vies préservées ; en paix sociale reconstruite ; en institutions rétablies et renforcées ; et en un retour progressif de la confiance interne et externe.

Elle implique de comprendre que gagner au Venezuela sans tirer un coup de feu signifie éviter l'escalade armée interne ou externe avec ses conséquences irréversibles ; réorienter le conflit de la dimension militaire vers les dimensions politique, juridique, diplomatique et cognitive ; et, surtout, combiner une pression légitime avec un dialogue responsable, sans que l'un ou l'autre ne se transforme en chèque en blanc pour l'immobilisme ou l'abus.

Conclusions

1. Gagner au Venezuela sans tirer un seul coup de feu ne signifie pas se résigner ni accepter l'injustice comme un destin inévitable. Au contraire, cela suppose d'élever le niveau de la stratégie et de comprendre que les batailles décisives se livrent aujourd'hui sur le terrain de la légitimité, de l'information, du raisonnement juridique et de la conscience collective.
2. La force qui transforme réellement l'histoire n'est pas celle des armes, mais celle des accords justes, des institutions solides et de la volonté d'un peuple qui se reconnaît lui-même comme communauté politique.
3. La victoire silencieuse est celle qui, avec le temps, permet aux familles de rentrer chez elles sans crainte ; qui offre à la jeunesse la possibilité de voir un avenir dans son propre pays ; qui aide la région à retrouver la stabilité aujourd'hui mise à l'épreuve ; et qui rend possible que des acteurs autrefois opposés puissent se retrouver, non comme ennemis, mais comme interlocuteurs responsables.

Il ne s'agit pas de préparer une nouvelle guerre, mais d'accélérer — avec intelligence et humanité — l'avènement de la paix.

osmov@asocid-ecuador.com

STRATEGIE / SICHERHEIT IM HEMISPHÄRISCHEN RAUM

General Oswaldo Moreno
RECHTSANWALT



Donnerstag, 13. November 2025 / 23:00

DER STILLE SIEG:

In Venezuela siegen, ohne einen einzigen Schuss abzugeben

— Strategische Überlegungen zu Intervention, Risiko und Entscheidungsfindung —

QUITO – Venezuela hat sich zu einem der politisch und humanitär sensibelsten Schauplätze der westlichen Hemisphäre entwickelt. Was dort geschieht, betrifft nicht nur die Venezolaner selbst, sondern sendet auch Schockwellen aus, die sich auf die regionale Stabilität, Migrationsströme, die Volkswirtschaften der Nachbarstaaten und die Glaubwürdigkeit multilateraler Rahmenwerke auswirken.

Seit Jahren ist in bestimmten Diskursen die Versuchung präsent, sich eine schnelle „Lösung“ durch den Einsatz von Gewalt vorzustellen. Die historische Erfahrung des Kontinents zeigt jedoch, dass mit Waffengewalt erzwungene Lösungen in der Regel zu gespaltenen Gesellschaften, geschwächten Institutionen und zu Generationen führen, die von Ressentiments gezeichnet sind.

Dieser Beitrag beruht auf einer zentralen Prämisse: Der wahre Sieg in Venezuela besteht nicht darin, einen Gegner auf dem Gefechtsfeld zu schlagen, sondern darin, das politische Ziel des Krieges zu erreichen – einen gerechten Frieden, institutionelle Stabilität und das Wohlergehen der Bevölkerung – ohne einen einzigen Schuss abzugeben.

Auf dem gegenwärtigen sicherheitspolitischen Schachbrett der Hemisphäre ist es keine Fiktion, sich vorzustellen, dass eine Seemacht wie die Vereinigten Staaten eine Streitmacht von rund 10.000 Berufsmarines vor der Küste Venezuelas zusammenzieht. Vielmehr handelt es sich um ein Planungsszenario, das von einigen Denkfabriken und Generalstäben mehr als einmal in Betracht gezogen wurde.

Das Ausgangsbild ließe sich vereinfacht wie folgt beschreiben: ein Akteur mit hohen Kapazitäten in den Domänen Land, See, Luft und Cyber, gestützt auf hochentwickelte Aufklärungs- und Überwachungssysteme, steht einem verbarrikadierten Regime gegenüber, das über reguläre Streitkräfte und eine große Zahl von Milizionären verfügt, die – zumindest rhetorisch – bereit sind, ihr Territorium bis zum Äußersten zu verteidigen.

Venezuela als hemisphärischer Spiegel

Die Situation in Venezuela ist in vielerlei Hinsicht ein hemisphärischer Spiegel. Sie bündelt langanhaltende innere politische Spannungen, wirtschaftliche und soziale Fragilität, massive Migration und eine aktive Diaspora, Auseinandersetzungen um institutionelle Legitimität sowie das geopolitische Interesse außeregionaler Akteure.

Jeder verantwortungsvolle Ansatz muss daher berücksichtigen, dass es sich nicht nur um ein einzelnes Land handelt, sondern um ein zentrales Element der regionalen Stabilität; dass die Antwort, welche die Hemisphäre auf diesen Fall gibt, einen Präzedenzfall

dafür schafft, wie künftige Krisen gehandhabt werden; und dass die Region vor einem historischen Dilemma steht: Entweder werden frühere Fehler wiederholt, die auf bewaffneter Konfrontation und disruptivem Interventionismus beruhten, oder es wird ein anderer Weg beschritten – leise, aber entschlossen –, auf dem Diplomatie, internationales Recht, Institutionen, Zivilgesellschaft und strategische Intelligenz eine führende Rolle einnehmen.

In diesem Kontext treten häufig zwei vermeintlich „schnelle“ Optionen auf, von denen die Geschichte gezeigt hat, dass sie trügerisch sind: auf eine direkte Landintervention zur Entmachtung des Staatsoberhauptes zu setzen oder auf eine vermeintliche „Enthauptung“ der politischen Führung zu vertrauen, um die Kapitulation der militärischen Kommandostrukturen zu erzwingen.

Beide Optionen mögen auf dem Papier entschlossen wirken. Keine von ihnen hält jedoch einer umfassenden strategischen, rechtlichen und politischen Prüfung stand.

Direkte Landintervention: die Eskalation des Konflikts

Aus Kapazitätssicht würden nur wenige die Überlegenheit einer Streitmacht wie der der Vereinigten Staaten in Frage stellen. Ihr Ausbildungsstand, ihre Technologie, Logistik sowie Führungs- und Kontrollsysteme sind weithin anerkannt.

Doch sobald sich der Konflikt vom Meer und aus der Luft auf das Gelände verlagert, verändert sich das Bild grundlegend. Der Verteidiger agiert auf eigenem Territorium, mit detaillierter Kenntnis des physischen und sozialen Umfelds; die Präsenz von Millionen potenzieller Milizionäre, irregulärer Kräfte und Szenarien des urbanen Kampfes relativiert einen Teil der technologischen Überlegenheit; und die politischen, menschlichen und wirtschaftlichen Kosten eines langwierigen Feldzugs werden sowohl für die intervenierende Macht als auch für die Region insgesamt schwer tragbar.

Wird diese Realität in ein quantitatives Analysemodell integriert – unter Berücksichtigung von Fähigkeitsindizes, der geschätzten Dauer der Kampagne und des kumulierten Risikos –, verliert die Vorstellung einer „schnellen und sauberen Operation“ an Glaubwürdigkeit. Stattdessen tritt die Gefahr eines Abnutzungskrieges mit ungewisser Dauer und tiefgreifenden Folgen für die Stabilität der Hemisphäre hervor.

Aus Sicht der Entscheidungsfindung erscheint eine Landinvasion mit dem Ziel, das venezolanische Regime „physisch zu stürzen“, weniger als Lösung denn als Risikomultiplikator, da sich die Eskalationswahrscheinlichkeit erhöht, die internationale

Legitimität geschwächt wird und der Raum für indirekte Reaktionen anderer externer Akteure geöffnet wird.

Enthauptung“ der politischen Führung: die Illusion der sofortigen Lösung

Die zweite Versuchung besteht darin, sich vorzustellen, dass die erzwungene Beseitigung der politischen Führung das Problem nahezu automatisch lösen würde. Doch die internationale Erfahrung zeigt, dass das Verschwinden eines Führers nur selten mit dem Verschwinden des Systems gleichzusetzen ist.

Häufig tritt vielmehr das Gegenteil ein: Die gestürzte Führung kann zu einem symbolischen Bezugspunkt oder Märtyrer werden und Narrative der Opferrolle befeuern; mittlere Kader ordnen sich neu, wobei sich einige zu noch radikaleren Positionen bekennen; der Machtbereich füllt sich mit weniger berechenbaren Akteuren, die oftmals härter auftreten und zu Kompromissen weniger bereit sind; und die Wahrnehmung einer externen Intervention kann Ablehnungsbündnisse festigen und verdeckte Unterstützung durch Drittstaaten rechtfertigen.

Aus Risikoperspektive kann eine isolierte „Enthauptungsoperation“ die Befehlskette zwar vorübergehend unterbrechen, erhöht jedoch das politische und soziale Risiko sowohl im betroffenen Land als auch in der Region erheblich; sie steigert die systemische Volatilität und damit die Unsicherheit über den endgültigen Ausgang.

Die als „chirurgisch“ präsentierte Option erweist sich in vielen Fällen als tiefgreifend ungewiss und potenziell destabilisierend.

Die Logik des stillen Sieges: strategischer und diplomatischer Ansatz

Wird der Fall Venezuela mit einem multidimensionalen Ansatz analysiert – der Kapazitäten, Zeit, Risiken, Emotionen und Legitimität einbezieht –, sollte sich das Dilemma nicht länger in den Kategorien „intervenieren oder nicht intervenieren“ oder „eine bestimmte Führung entfernen oder nicht entfernen“ darstellen.

Im Rahmen der **Sicherheit der Hemisphäre** nähern sich die Kernfragen eher den folgenden an:

- Welche legitimen politischen Ziele werden verfolgt?
- Welche Kapazitäten stehen zur Verfügung, und wie lange können sie eingesetzt werden, ohne einen langwierigen offenen Konflikt auszulösen?
- Wie hoch sind die politischen, sozialen und wirtschaftlichen Kosten für die intervenierende Macht, für das betroffene Land und für das interamerikanische System insgesamt?
- Welcher Spielraum besteht für eine verhandelte Lösung, die eine allgemeine Gewalteskalation vermeidet?

Vor diesem Hintergrund gewinnt es an Sinn, **Strategien der indirekten Verhandlung** zu entwerfen, die Folgendes miteinander verbinden:

Intelligente multilaterale Diplomatie. Durch Nutzung der Instrumente des interamerikanischen Systems und der Vereinten Nationen sowie durch Unterstützung unparteiischer Vermittlungsbemühungen, die Vertrauen schaffen, statt Spaltungen zu vertiefen.

Legitimer und kalibrierter Druck. Mittels Maßnahmen, die konkrete Verhaltensänderungen der maßgeblichen Akteure fördern und gleichzeitig wahllose Sanktionen vermeiden, die vor allem die Bevölkerung treffen würden.

Humanitäre und Kooperationsbrücken. Durch sicheren und neutralen Zugang für humanitäre Hilfe sowie transparente Mechanismen zum Schutz der am stärksten betroffenen Bevölkerungsgruppen, ohne deren Notlage zu instrumentalisieren.

Konstruktive Rolle der venezolanischen Diaspora. Durch technischen, wirtschaftlichen und fachlichen Beitrag zu künftigen Wiederaufbauprozessen sowie eine verantwortungsvolle Stimme gegenüber der internationalen Gemeinschaft, die keine Gewaltlösungen propagiert.

Regionale Begleitung. Die Staaten der Hemisphäre können als politischer und moralischer „Schutzgürtel“ gegenüber der Versuchung des Waffeneinsatzes fungieren, indem sie Dialog- und Verhandlungsprozesse unterstützen, sofern Mindestvoraussetzungen an Ernsthaftigkeit und gutem Willen gegeben sind.

In der Logik des stillen Sieges schließen sich diese Instrumente nicht gegenseitig aus: Sie werden synchronisiert, wie die Zeiger einer Uhr, die unterschiedliche Phasen eines einzigen Prozesses markieren.

Eine derartig konzipierte und umgesetzte Strategie kann dazu führen, dass die herrschende Führung eine Übergangslösung nicht aus Altruismus, sondern als „am wenigsten schlechte“ Option im Rahmen einer rationalen Kostenabwägung akzeptiert.

In einem solchen Szenario hätte ein abschreckendes militärisches Dispositiv – so kostspielig es auch sein mag – seine Rolle erfüllt, ohne direkt eingesetzt zu werden. Der stille Sieg bestünde nicht in der Besetzung eines Territoriums, sondern darin, einen realistischen Weg zu Frieden und Wiederaufbau zu eröffnen, ohne einen einzigen Schuss abzugeben.

Der stille Sieg wird nicht in eroberten Gebieten oder besiegten Gegnern gemessen, sondern in bewahrten Menschenleben, in wiederaufgebautem sozialen Frieden, in wiederhergestellten und gestärkten Institutionen sowie in der schrittweisen Rückkehr inneren und äußeren Vertrauens.

Er bedeutet zu erkennen, dass ein Sieg in Venezuela ohne Schussabgabe darin besteht, eine interne oder externe bewaffnete Eskalation und ihre irreversiblen Folgen zu vermeiden; den Konflikt von der militärischen auf die politische, rechtliche, diplomatische und kognitive Ebene zu verlagern; und vor allem legitimen Druck mit verantwortungsvollem Dialog zu verbinden, ohne dass einer von beiden zu einem Freibrief für Untätigkeit oder Missbrauch wird.

Schlussfolgerungen

1. In Venezuela ohne einen einzigen Schuss zu siegen bedeutet nicht, sich zu fügen oder Ungerechtigkeit als unvermeidliches Schicksal hinzunehmen. Im Gegenteil: Es erfordert eine Anhebung des strategischen Niveaus und das Verständnis, dass entscheidende Auseinandersetzungen heute im Bereich der Legitimität, der Information, der juristischen Argumentation und des kollektiven Bewusstseins ausgetragen werden.
2. Die Kraft, die die Geschichte tatsächlich verändert, ist nicht jene der Waffen, sondern die von gerechten Vereinbarungen, starken Institutionen und dem Willen eines Volkes, das sich selbst als politische Gemeinschaft begreift.
3. Der stille Sieg ist jener, der es im Laufe der Zeit ermöglicht, dass Familien ohne Angst in ihre Häuser zurückkehren; dass junge Menschen eine Zukunft im eigenen Land sehen; dass die Region jene Stabilität wiedererlangt, die heute unter Druck steht; und dass Akteure, die einander einst gegenüberstanden, sich nicht als Feinde, sondern als verantwortungsbewusste Gesprächspartner begegnen können.

Es geht nicht darum, einen neuen Krieg vorzubereiten, sondern darum, mit Intelligenz und Menschlichkeit die Ankunft des Friedens zu beschleunigen.

СТРАТЕГИЯ И БЕЗОПАСНОСТЬ В ЗАПАДНОМ ПОЛУШАРИИ

Генерал Освальдо Морено
АДВОКАТ



Четверг, 13 ноября 2025 г. / 23:00

ТИХАЯ ПОБЕДА:
Победить в Венесуэле, не сделав ни одного выстрела
— Стратегические размышления о вмешательстве, риске и принятии
решений —

КИТО — Венесуэла стала одним из самых чувствительных с политической и гуманитарной точек зрения очагов напряженности в Западном полушарии. Происходящее в этой стране затрагивает не только самих венесуэльцев, но и оказывает волновое воздействие на региональную стабильность, миграционные потоки, экономики соседних государств, а также на доверие к многосторонним механизмам.

На протяжении ряда лет в отдельных политических дискуссиях присутствовало искушение представить себе «быстрое решение» за счет применения силы. Однако исторический опыт континента показывает, что решения, навязанные вооруженным путем, как правило, приводят к расколу общества, ослаблению государственных институтов и формированию поколений, отмеченных *ressentiment*’ом и тяжёлой исторической памятью.

Настоящая статья исходит из ключевого тезиса: Подлинная победа в Венесуэле заключается не в разгроме противника на поле боя, а в достижении политической цели войны — справедливого мира, институциональной стабильности и благополучия населения — без единого выстрела.

На современном стратегическом «шахматном поле» полушария представление о том, что морская держава, такая как Соединённые Штаты, развёртывает у побережья Венесуэлы группировку численностью порядка 10 000 профессиональных морских пехотинцев, не является чистой фантазией. Это — сценарий оперативного планирования, который неоднократно рассматривался аналитическими центрами и штабами.

Исходную ситуацию можно в упрощённом виде описать следующим образом: с одной стороны — актор, обладающий значительными возможностями в сухопутном, морском, воздушном и киберпространстве и опирающийся на развитые системы разведки и наблюдения; с другой — укоренившийся режим, располагающий регулярными вооружёнными силами и значительным числом ополченцев, готовых, по крайней мере на уровне риторики, «защитить территорию до конца».

Венесуэла как зеркало полушария

Во многих отношениях ситуация в Венесуэле представляет собой своего рода зеркало полушария. В ней пересекаются: затяжные внутриполитические противоречия; экономическая и социальная уязвимость; массовая миграция и активная диаспора; споры о легитимности государственных институтов; а также геополитические интересы внегородовых, внешнерегиональных акторов.

Любой ответственный подход должен исходить из того, что речь идёт не только об одной стране, но и об ключевом элементе региональной стабильности; что реакция государств полушария на данный кейс задаст прецедент в отношении того, как будут урегулироваться кризисы в будущем; и что регион стоит перед

историческим выбором: либо повторить ошибки прошлого, основанные на вооружённом противостоянии и деструктивном вмешательстве, либо искать иной путь — более тихий, но последовательный, на котором ведущую роль играют дипломатия, международно-правовые механизмы, институты, гражданское общество и стратегический анализ.

В этой связи нередко возникают две кажущиеся «быстрыми» опции, которые, как показала история, вводят в заблуждение: ставка на прямое наземное вторжение с целью свержения главы режима и расчёт на так называемое «обезглавливание» политического руководства, которое якобы вынудит военное командование капитулировать.

Обе опции могут выглядеть решительными на бумаге, но ни одна из них не выдерживает комплексной стратегической, юридической и политической оценки.

Прямое наземное вмешательство: путь к эскалации конфликта

С точки зрения возможностей мало кто подвергает сомнению превосходство такой силы, как вооружённые силы США. Уровень их подготовки, техническое оснащение, логистические возможности, система командования и управления широко признаны.

Однако по мере того как конфликт переносится с моря и воздуха на сушу, характер обстановки меняется радикальным образом. Обороняющаяся сторона действует на собственной территории, хорошо зная физическое пространство и социальную структуру; наличие миллионов потенциальных ополченцев, нерегулярных формирований и сценариев боевых действий в городской среде существенно снижает значение технологического превосходства; при этом политическая, человеческая и экономическая цена затяжной кампании становится трудно приемлемой как для вмешивающейся державы, так и для региона в целом.

Если включить эту реальность в количественную аналитическую модель — учитывающую индексы возможностей, предполагаемую длительность операции и совокупный риск, — концепция «быстрой и чистой операции» утрачивает убедительность. На первый план выходит опасность войны на истощение с неопределёнными временными рамками и глубокими последствиями для стабильности полушария.

С точки зрения выработки решений наземное вторжение, нацеленное на «физическое свержение» режима в Венесуэле, выглядит не столько решением, сколько множителем риска, поскольку возрастает вероятность эскалации, подрывается международная легитимность и открывается пространство для косвенных ответных действий со стороны других внешних акторов.

«Обезглавливание» политического руководства: иллюзия мгновенного решения

Вторая соблазнительная идея состоит в том, что насильственное устранение высшего политического руководства якобы почти автоматически решит проблему. Однако международный опыт показывает, что исчезновение одного лидера далеко не всегда означает исчезновение всей системы.

Нередко происходит обратное: свергнутое руководство превращается в символ или мученика, подпитывая нарративы victimhood; среднее звено элиты перераспределяет позиции, и часть его представителей переходит на более радикальные позиции; освободившееся пространство власти заполняют менее предсказуемые акторы, зачастую более жесткие и менее готовые к компромиссу; а восприятие внешнего вмешательства может консолидировать «фронт противодействия» и послужить обоснованием скрытой поддержки со стороны третьих государств.

С точки зрения риска, отдельная операция по «обезглавливанию» может временно нарушить цепочку командования, но при этом существенно увеличивает политические и социальные риски как внутри затронутой страны, так и в регионе; повышает волатильность системы и, соответственно, неопределённость относительно конечного исхода.

Опция, преподносящаяся как «хирургическая», на практике зачастую оказывается весьма неопределённой и потенциально дестабилизирующей.

Логика тихой победы: стратегический и дипломатический подход

Если рассматривать венесуэльский кейс с многомерных позиций – объединяя анализ возможностей, времени, рисков, эмоциональных факторов и легитимности, – то обсуждение уже не должно ограничиваться формулой «вмешиваться или не вмешиваться» либо «удалять или не удалять» ту или иную группу руководства.

В контексте безопасности Западного полушария более уместными оказываются следующие ключевые вопросы:

- Какие именно легитимные политические цели преследуются?
- Каковы доступные возможности и как долго они могут поддерживаться без перерастания ситуации в затяжной открытый конфликт?
- Какова политическая, социальная и экономическая цена для вмешивающейся державы, для затронутой страны и для всей межамериканской системы?
- Существует ли пространство для переговорного решения, позволяющего избежать масштабного насилия?

В этих условиях приобретает особый смысл разработка стратегий косвенного переговорного воздействия, которые сочетают:

Интеллектуально выверенная многосторонняя дипломатия. Использование инструментов Межамериканской системы и Организации Объединённых Наций, поддержка беспристрадных посреднических усилий, направленных на укрепление доверия, а не на усугубление расколов.

Легитимное и соразмерное давление. Применение мер, стимулирующих конкретные изменения в поведении ключевых акторов, при одновременном отказе от безадресных санкций, основное бремя которых ложится на население.

Гуманитарные и кооперационные «мосты». Обеспечение безопасного и нейтрального доступа гуманитарной помощи, создание прозрачных механизмов защиты наиболее уязвимых групп населения без превращения их нужды в инструмент политического давления.

Конструктивная роль венесуэльской диаспоры. Предоставление технического, экономического и

профессионального вклада в будущие процессы восстановления, а также ответственная позиция в диалоге с международным сообществом, исключающая риторику, поощряющую насильственные сценарии.

Региональное сопровождение. Государства региона могут выступать в роли политического и морального «санитарного кордона» перед соблазном силового решения, поддерживая процессы диалога и переговоров при наличии минимально необходимых условий добросовестности и серьёзности.

В логике тихой победы эти инструменты не взаимоисключают друг друга: они синхронизируются, подобно стрелкам часов, которые отражают различные фазы единого процесса.

Стратегия такого рода, при условии надлежащей разработки и реализации, способна привести правящую элиту к выводу, что согласие на переходный формат является «наименее плохим» вариантом – не из альтруизма, а в результате рационального расчёта издержек и выгод.

В таком сценарии дорогостоящая сдерживающая военная демонстрация, не будучи применённой напрямую, уже выполняет свою функцию. Тихая победа в этом случае выражается не в оккупации территории, а в открытии реального пути к миру и восстановлению – без единого выстрела.

Тихая победа измеряется не количеством завоёванных территорий и поверженных противников, а числом спасённых жизней, восстановленным общественным миром, возрождёнными и укреплёнными институтами, постепенным возвращением внутреннего и внешнего доверия.

Она означает понимание того, что победа в Венесуэле без выстрела предполагает предотвращение внутренней или внешней вооружённой эскалации и её необратимых последствий; перевод центра тяжести конфликта из чисто военной плоскости в политическую, правовую, дипломатическую и когнитивную; и, наконец, объединение легитимного давления с ответственным диалогом, не превращая ни то, ни другое в карт-бланш для бездействия или злоупотреблений.

Заключение

1. Победить в Венесуэле, не сделав ни одного выстрела, не означает смириться или принять несправедливость как неизбежную судьбу. Напротив, это предполагает повышение уровня стратегического мышления и осознание того, что сегодня решающие сражения ведутся в плоскости легитимности, информации, правового обоснования и коллективного сознания.
2. Сила, которая действительно меняет ход истории, – это не оружие само по себе, а справедливые договорённости, устойчивые институты и воля народа, осознающего себя политическим сообществом.
3. Тихая победа – это та, которая со временем позволяет семьям возвращаться домой без страха; молодым людям – видеть будущее в собственной стране; региону – восстановить стабильность, которая сегодня находится под давлением; а бывшим противникам – садиться за стол переговоров уже не как врагам, а как ответственным партнёрам.

Речь идёт не о подготовке к новой войне, а об ускорении – с помощью разума и гуманизма – наступления мира.

osmov@asocid-ecuador.com

半球战略与安全

将军 奥斯瓦尔多·莫雷诺
律师



2025年11月13日（星期四）/ 23:00

无声的胜利：
在委内瑞拉不发一枪取得胜利
—— 关于干预、风险与五维决策的战略思考 ——

基多——委内瑞拉已经成为西半球最为敏感的政治和人道主义热点之一。该国局势不仅直接影响委内瑞拉人民，也对地区稳定、移民流动、周边国家经济以及多边机制的公信力产生连锁反应。

多年来，在某些话语空间中，一直存在通过武力寻求“快速解决方案”的诱惑。然而，本大陆的历史经验表明，以武力强加的解决方案往往留下的是支离破碎的社会、削弱的国家机构，以及被怨恨情绪所标记的一代又一代人。

本文基于一个核心前提：
在委内瑞拉，真正的胜利并不在于在战场上击败对手，而在于在**不发一枪**的情况下，实现战争的政治目标——即公正的和平、制度的稳定以及人民的福祉。

在当今半球安全格局中，设想一支如美国这样具有远洋能力的海军力量，在委内瑞拉海岸附近部署约一万名专业海军陆战队员，并非虚构情节，而是一些智库和军事参谋机构曾多次认真推演的规划情景。

简化而言，初始局面大致可以描述如下：一方拥有在陆、海、空及网络空间的综合优势力量，并配备先进的情报和监视系统；另一方则是一个盘踞已久的政权，掌握正规军队，并拥有数量可观的民兵力量，至少在政治话语中，号称“誓死保卫领土”。

委内瑞拉作为半球的“镜子”

在许多方面，委内瑞拉局势堪称一个半球“镜像”。在这一场景中交织着：长期积累的国内政治紧张；经济和社会脆弱性；大规模移民及活跃的侨民社群；围绕制度合法性的争议；以及域外大国的地缘政治关切。

因此，任何负责任的应对思路都必须充分认识到：这不仅关乎一个国家本身，而且关乎地区整体稳定这一关键环节；半球各国对这一案例的回应方式，将对未来危机的处理形成重要先例；整个地区正面临一个历史性抉择：

是重蹈以往依赖武装对抗和破坏性干预的覆辙，还是探索一条不同的道路——低调而坚定——在这条道路上，外交、多边法律框架、国家机构、民间社会以及战略情报发挥主导作用。

在这样的背景下，历史已经证明存在两种“快速方案”的诱惑实则具有高度误导性：其一，是寄希望于通过直接地面军事干预推翻现政权；其二，是相信通过对政治领导层实施所谓“斩首行动”，就能够迫使军队指挥体系迅速瓦解。

这两种方案在纸面上似乎果断而明确，但在接受全面的战略、法律和政治评估后，便难以成立。

直接地面干预：冲突升级的路径

从能力角度看，几乎没有人会否认一支如美军这样力量的军事优势。其训练水平、技术装备、后勤保障以及指挥控制体系均在国际上广受认可。

然而，当冲突由海空空间转入陆地战场时，局势发生根本性变化。防御一方在本国领土上作战，对物理环境和社会结构具有深入了解；数以百万计的潜在民兵、不规则武装以及城市战场景的存在，会在很大程度上抵消技术优势；而一场旷日持久的军事行动，在政治、人员和经济层面的综合代价，将使无论是介入方还是整个地区，都难以承受。

如果将这一现实纳入一个定量分析框架——包括能力指数、行动预计持续时间和累积风险等变量——那么所谓“快速而干净的军事行动”的设想，便难以具有说服力。相反，更为清晰地呈现出来的，将是一场时间长度不确定、可能演变为消耗战的高风险格局，并对半球稳定产生深远影响。

在决策层面，一场以“通过武力推翻”委内瑞拉政权为目标的地面入侵，与其说是解决方案，不如说是风险放大器：冲突升级的概率增加，国际合法性受到削弱，其他外部行为体的间接回应空间被打开。

“斩首行动”的幻象：即时解决的错觉

第二种诱惑，是设想通过强行移除政治领导层，即可“几乎自动地”解决问题。然而，国际经验表明，某一领导人的消失，很少意味着整个体制的消失。

事实上，往往发生的情况恰恰相反：被推翻的领导层可能转化为象征性标志或“烈士”，助长受害叙事；中层干部重组力量，其中一部分可能转向更为激进的立场；权力空间则由更难以预测、往往更为强硬并且较少妥协意愿的行为体填补；对外部干预的感知，可能促成以“抵抗”名义形成的联盟，并为若干第三国提供秘密支持提供借口。

从风险角度来看，单独的“斩首行动”或许能够在短期内打乱指挥链条，但却显著提升了政治和社会风险，无论是在受影响国家内部，还是在更大范围的地区层面；它会提高体系的波动性，从而增加对最终结果的不确定性。

因此，那些被宣传为“外科手术式”的方案，在实践中往往具有高度不确定性，并潜在地带来严重的破坏性。

无声胜利的逻辑：战略与外交并行

若以多维视角来审视委内瑞拉问题——将能力、时间、风险、情绪与合法性综合纳入考量——则相关问题不应再被简单概括为“介入还是不介入”、“移除还是不移除某一领导人”。

在半球安全的框架下，更为本质的问题接近于以下几项：

- 所追求的政治目标是否具有明确的合法性？
- 现有能力在无需引发长期公开冲突的前提下，可以维持多长时间？
- 对于介入方、受影响国家以及整个美洲体系而言，其政治、社会和经济成本如何？
- 是否存在通过谈判方式实现、并能够避免大范围暴力的现实空间？

在此基础上，构想一套间接谈判策略具有现实意义，这类策略可以综合运用：

智慧型多边外交。

通过运用美洲体系和联合国等现有机制，支持公正中立的调解努力，在促进互信的同时，避免加深分裂。

合法且适度的压力手段。

采取能够促使关键行为体在具体行为上发生改变的措施，同时避免不加区分的制裁，以免使普通民众承受主要代价。

人道主义与合作“桥梁”。

确保人道援助在安全、中立前提下顺利抵达，建立透明机制以保护处境最为脆弱的人群，而不将其需求工具化。

委内瑞拉侨民的建设性作用。

在未来重建进程中，贡献技术、经济和专业支持；在对外发声时保持负责任的语调，避免鼓吹以暴力作为出路。

地区层面的陪伴与支持。

半球国家可以在政治和道义层面发挥“防火墙”作用，在存在最低限度诚意和善意的条件下，为对话与谈判进程提供支持。

在无声胜利的逻辑之下，这些工具并非互相排斥，而是可以像时钟上不同指针那样相互协调，标示同一进程中的不同阶段。

一旦此类战略得到妥善设计和执行，执政当局可能会在理性成本—收益计算的基础上，将接受某种形式的政治过渡视为“相对代价最小”的选项，而非出于利他动机。

在这种情形下，即便威慑性军事部署本身代价高昂，只要未被直接动用，依然能够实现其遏止目的。无声的胜利，并不体现为对某一领土的占领，而是体现为在不发一枪的前提下，为和平与重建开辟一条切实可行的道路。

无声的胜利不以占领多少领土或击败多少敌人来衡量，而是体现在：被挽救的生命、重建的社会和平、恢复并强化的国家机构，以及内外信心的逐步回升。

这意味着，要在委内瑞拉实现“不发一枪的胜利”，就必须避免内外武装冲突升级及其不可逆的后果；推动冲突重心从军事维度，转向政治、法律、外交与认知层面；并且在此过程中，恰当地将合法的压力与负责任的对话结合起来，避免任何一方沦为僵化或滥用的借口。

结语

1. 在委内瑞拉实现“不发一枪的胜利”，并不意味着放弃原则，或将不公正视为不可避免的命运。相反，这要求提升战略思维的层次，认识到当今真正具有决定意义的较量，正在合法性、信息舆论、法律论证以及社会集体意识的层面展开。
2. 真正能够改变历史走向的力量，并非武器本身，而是公平的协议、坚实的制度，以及一个把自己视作政治共同体的人民的意志。
3. 所谓“无声胜利”，是指随着时间推移，家庭能够在无惧之中回到家园；青年能够在本国看到希望与前景；整个地区得以重新获得当前正受到挑战的稳定；昔日对立的各方，有一天能够不再以敌人的身份，而是以负责任的对话者身份在谈判桌前相遇。

当前的关键不在于筹备新一轮战争，而在于以智慧与人道关怀，加快和平到来的步伐。

STRATEGIA / SICUREZZA EMISFERICA

Generale Oswaldo Moreno
AVVOCATO



Giovedì 13 novembre 2025 / 23:00

LA VITTORIA SILENZIOSA:

Vincere in Venezuela senza sparare un solo colpo

— Riflessioni strategiche su intervento, rischio e decisione —

QUITO – Il Venezuela è diventato uno degli scenari politici e umanitari più sensibili dell'emisfero occidentale. Ciò che accade nel Paese non riguarda solo i venezuelani, ma produce onde d'urto che si ripercuotono sulla stabilità regionale, sui flussi migratori, sulle economie dei Paesi vicini e sulla credibilità dei meccanismi multilaterali.

Per anni, in determinati ambienti, è stata presente la tentazione di immaginare una "soluzione" rapida mediante l'uso della forza. Tuttavia, l'esperienza storica del continente dimostra che le soluzioni imposte per via armata tendono a lasciare in eredità società fratturate, istituzioni indebolite e generazioni segnate dal risentimento.

Questo articolo si fonda su una premessa centrale: La vera vittoria in Venezuela non consiste nel sconfiggere un avversario sul campo di battaglia, ma nel raggiungere il fine politico della guerra – una pace giusta, la stabilità istituzionale e il benessere della popolazione – senza sparare un solo colpo.

Sull'attuale scacchiere emisferico, immaginare una potenza navale come gli Stati Uniti che dispiega una forza di circa 10.000 marines professionisti di fronte alle coste venezuelane non è un esercizio di fantasia, ma uno scenario di pianificazione che alcuni centri di studio e stati maggiori hanno effettivamente considerato.

Il quadro iniziale può essere descritto, in forma semplificata, come segue: un attore dotato di elevate capacità nei domini terrestre, marittimo, aereo e cibernetico, sostenuto da avanzati sistemi di intelligence e sorveglianza, di fronte a un regime trincerato, con forze armate regolari e con un gran numero di miliziani disposti – almeno a livello retorico – a difendere il proprio territorio fino alle estreme conseguenze.

Venezuela come specchio emisferico

La situazione venezuelana è, sotto molti aspetti, uno **specchio emisferico**. In essa convergono: tensioni politiche interne prolungate; fragilità economica e sociale; migrazione di massa e una diaspora attiva; contese sulla legittimità istituzionale; e l'interesse geopolitico di attori extra-regionali.

Qualsiasi approccio responsabile deve dunque tener conto del fatto che non si tratta soltanto di un singolo Paese, ma di un elemento chiave della stabilità regionale; che la risposta che l'emisfero darà a questo caso costituirà un precedente su come verranno gestite le crisi future; e che la regione si trova di fronte a un dilemma storico: ripetere gli errori del passato, basati sulla confrontazione armata e su un interventismo

dirompente, oppure esplorare una via diversa, silenziosa ma ferma, in cui diplomazia, legalità internazionale, istituzioni, società civile e intelligenza strategica assumano un ruolo centrale.

In questo contesto emergono spesso due tentazioni considerate "rapide", che la storia ha dimostrato essere ingannevoli: puntare su un intervento terrestre diretto per rovesciare il capo del regime, oppure confidare in una presunta "decapitazione" della leadership politica per obbligare i comandi militari alla resa.

Entrambe le opzioni possono apparire risolutive sulla carta. Nessuna delle due regge, tuttavia, a un esame complessivo di carattere strategico, giuridico e politico.

L'intervento terrestre diretto: l'escalation del conflitto

Dal punto di vista delle capacità, pochi metterebbero in dubbio la superiorità di una forza come quella statunitense. I suoi livelli di preparazione, tecnologia, logistica, comando e controllo sono ampiamente riconosciuti.

Quando però il conflitto si sposta dal mare e dall'aria al terreno, lo scenario cambia radicalmente. Il difensore opera sul proprio territorio, con una conoscenza dettagliata dell'ambiente fisico e sociale; la presenza di milioni di potenziali miliziani, forze irregolari e scenari di guerra urbana attenua parte della superiorità tecnologica; e il costo politico, umano ed economico di una campagna prolungata diventa difficilmente sostenibile sia per la potenza interveniente sia per l'insieme della regione.

Se si inserisce questa realtà in un quadro analitico quantitativo – considerando gli indici di capacità, la durata stimata della campagna e il rischio complessivo – l'idea di un'"operazione rapida e pulita" perde credibilità. Ciò che emerge è il pericolo di un conflitto di logoramento, di durata incerta e con conseguenze profonde per la stabilità emisferica.

In termini decisionali, un'invasione terrestre volta a "rovesciare fisicamente" il regime venezuelano appare meno come una soluzione e più come un moltiplicatore di rischio, poiché aumenta le probabilità di escalation, indebolisce la legittimità internazionale e apre la strada a risposte indirette da parte di altri attori esterni.

La "decapitazione" della leadership politica: l'illusione della soluzione istantanea

La seconda tentazione consiste nell'immaginare che l'eliminazione forzata della cupola politica

risolverebbe quasi automaticamente il problema. L'esperienza internazionale dimostra tuttavia che la scomparsa di un leader raramente coincide con la scomparsa dell'intero sistema.

Spesso accade il contrario: la leadership rovesciata può trasformarsi in un punto di riferimento simbolico o in un martire, alimentando narrazioni di vittimizzazione; i quadri intermedi si riorganizzano, e alcuni possono orientarsi verso posizioni più radicali; lo spazio di potere viene occupato da attori meno prevedibili, spesso più rigidi e meno inclini al compromesso; e la percezione di un intervento esterno può consolidare alleanze di rifiuto e giustificare appoggi occulti da parte di Stati terzi.

Dal punto di vista del rischio, un'operazione di "decapitazione" isolata può interrompere temporaneamente la catena di comando, ma aumenta in modo significativo il rischio politico e sociale, tanto nel Paese interessato quanto nella regione; accresce la volatilità del sistema e, con essa, l'incertezza sull'esito finale.

L'opzione presentata come "chirurgica" si rivela, in molti casi, profondamente incerta e potenzialmente destabilizzante.

La logica della vittoria silenziosa: approccio strategico e diplomatico

Se si analizza il caso venezuelano con un approccio multidimensionale – che integri capacità, tempo, rischi, emozioni e legittimità – il dilemma non dovrebbe più essere formulato in termini di "intervenire o non intervenire" o "rimuovere o non rimuovere" una determinata leadership.

In termini di **sicurezza emisferica**, le domande di fondo sono più vicine alle seguenti:

- Quali fini politici legittimi si intendono perseguire?
- Quali capacità sono disponibili e per quanto tempo possono essere mantenute senza generare un conflitto aperto di lunga durata?
- Qual è il costo politico, sociale ed economico per la potenza interveniente, per il Paese interessato e per l'insieme del sistema interamericano?
- Quale margine esiste per un'uscita negoziata che eviti una violenza generalizzata?

In questo quadro, acquista significato immaginare **strategie di negoziazione indiretta** che combinino:

Diplomazia multilaterale intelligente. Attraverso l'uso degli strumenti del Sistema interamericano e delle Nazioni Unite, sostenendo sforzi di mediazione imparziale che generino fiducia invece di approfondire le divisioni.

Pressione legittima e calibrata. Mediante misure che incentivino cambiamenti concreti nella condotta degli attori, evitando sanzioni indiscriminate che finirebbero per colpire soprattutto la popolazione.

Ponti umanitari e di cooperazione. Garantendo un accesso sicuro e neutrale all'assistenza umanitaria e istituendo meccanismi trasparenti per proteggere chi soffre di più, senza strumentalizzare il suo bisogno.

Ruolo costruttivo della diaspora venezuelana. Attraverso un contributo tecnico, economico e professionale ai futuri processi di ricostruzione e una voce responsabile presso la comunità internazionale, evitando discorsi che favoriscano soluzioni violente.

Accompagnamento regionale. I Paesi dell'emisfero possono fungere da "cordone sanitario" politico e

morale rispetto alla tentazione del ricorso alla forza, sostenendo processi di dialogo e negoziazione quando esistano condizioni minime di serietà e buona fede.

Nella logica della **vittoria silenziosa**, questi strumenti non si escludono a vicenda: si sincronizzano, come le lancette di un orologio che indicano fasi diverse di un unico processo.

Una strategia di questo tipo, se ben concepita ed eseguita, può portare la leadership al potere a giudicare che l'opzione "meno peggiore" sia accettare una transizione, non per altruismo, ma come risultato razionale di un calcolo dei costi.

In tale scenario, un dispositivo militare dissuasivo – per quanto costoso – avrebbe adempiuto alla sua funzione senza dover essere impiegato direttamente. La vittoria silenziosa non consisterebbe nell'occupazione di un territorio, ma nell'aprire una via realistica verso la pace e la ricostruzione, senza sparare un solo colpo.

La vittoria silenziosa non si misura in territori conquistati o in nemici sconfitti, ma in vite preservate; in una pace sociale ricostruita; in istituzioni recuperate e rafforzate; e nel ritorno graduale della fiducia interna ed esterna.

Significa comprendere che vincere in Venezuela senza sparare un colpo implica evitare un'escalation armata interna o esterna e le sue conseguenze irreversibili; spostare il conflitto dalla dimensione militare a quelle politica, giuridica, diplomatica e cognitiva; e, soprattutto, combinare una pressione legittima con un dialogo responsabile, senza che l'una o l'altro si trasformino in un assegno in bianco per l'immobilismo o l'abuso.

Conclusioni

1. Vincere in Venezuela senza sparare un solo colpo non significa rassegnarsi né accettare l'ingiustizia come destino inevitabile. Al contrario, implica elevare il livello della strategia e comprendere che le battaglie decisive si combattono oggi nel terreno della legittimità, dell'informazione, dell'argomentazione giuridica e della coscienza collettiva.
2. La forza che realmente trasforma la storia non è quella delle armi, ma quella degli accordi giusti, delle istituzioni solide e della volontà di un popolo che si riconosce come comunità politica.
3. La vittoria silenziosa è quella che, con il tempo, permette alle famiglie di tornare a casa senza paura; consente ai giovani di vedere un futuro nel proprio Paese; aiuta la regione a recuperare la stabilità oggi messa in discussione; e consente ad attori un tempo contrapposti di incontrarsi non come nemici, ma come interlocutori responsabili.

Non si tratta di preparare una nuova guerra, ma di accelerare – con intelligenza e umanità – l'arrivo della pace.

osmov@asocid-ecuador.com